

La Virgen sonreía.
La guitarra ensanchaba su vientre, querenciosa.
Y el parto de emoción nos florecía
a todos por igual, como una rosa.

Entonces los relojes se quedaban parados.
Se aligeraban todos nuestros huesos.
Y los escalofríos, como «zapateados»,
nos iban por la espina hacia los sesos.

Descifraba el silencio su mensaje:
—Don Antonio Chacón me manda a verte.
Dice que cuando inicies tu tremendo viaje
le llesves tu falseta para reconocerte...

Y era un «¡ay!» doloroso desde el pecho a la mano,
«mandándolo», muy grave, terrible, sentencioso.
¡Toda la queja oculta de un Séneca gitano
que se desangra adrede por morir más hermoso!

Y él, cogiendo «salidas», sujetando los ayes,
conformando los tercios, limando rozaduras,
«cíceronc» por plazas, callejones y calles
de la ciudad del cante para noches oscuras...

Siempre así. Recordadlo. La castiza sordera.
La sencillez tranquila del que su valer mide.
Y ese desdén correcto, gracia valdepeñera,
del que da a su enemigo más de lo que le pide.

Yo lo evoco en la tarde del último bureo
y antes de que la muerte le borrara el camino.
La guitarra, transida; la mano, sin deseo,
y en un vaso, esa ausencia de una «cinta» de vino.

Dejarse todo un halo de grandeza en la silla.
Despedirse de todos. No mirar hacia atrás.
Bajar las escaleras. Salir de «La Casilla».
Y alejarse, alejarse... ¡para no volver más!

Juan Alcaide Sánchez.

